TEXTOS DE SALA

Los Bécquer, un linaje de artistas

Esta exposición ofrece una visión actualizada de los miembros de una saga de pintores que dominó el panorama artístico en las décadas centrales del siglo XIX en Sevilla. En los últimos años se ha profundizado en el conocimiento de su obra, poniendo de manifiesto unas características comunes que permiten considerarlos como una unidad con una particular evolución. La exposición muestra, a través de su producción, estos rasgos que fueron plasmados en lienzos y también, de modo elocuente, sobre el papel.

Cada uno de ellos contribuyó a definir la cultura del romanticismo andaluz, y particularmente el sevillano. Mientras que José, Joaquín y Valeriano lo hicieron a través de la pintura, Gustavo Adolfo recurrió a la poesía, si bien ahora se da a conocer su faceta de gran dibujante.

La familia sentó las bases de la reivindicación artística de las formas de expresión populares andaluzas. José Domínguez Bécquer fue el autor de exitosas estampas costumbristas que recorrieron Europa. Joaquín fue un prolífico pintor que supo acercar el costumbrismo, que aprendió de su primo, a una pintura más académica. Valeriano, su alumno y sobrino, llevó esa pintura de costumbres hacia un realismo que la convirtió en sus últimos años en un documento casi etnográfico. Los cuatro, como imperaba en la época, cultivaron el retrato, incorporando también a personajes que hasta entonces no solían protagonizar este género, como niños o personas modestas.

Gustavo Adolfo se formó como pintor junto a su hermano Valeriano en el taller de su tío Joaquín. Ambos compartieron viajes, penurias y aspiraciones, llegando a afirmar el autor de las *Rimas*: «Él dibujaba mis versos y yo le versificaba sus cuadros». En otoño de 1870 fallecía en Madrid el joven pintor y tres meses más tarde lo hacía, con tan solo 34 años, Gustavo Adolfo. Así se extinguió uno de los linajes de artistas más destacados de la España del siglo XIX.

Genealogía de los Bécquer

A fines del siglo XVI los hermanos Miguel y Adán Bécquer, oriundos de Brabante, en Flandes, se establecieron en la collación de Santa María la Mayor de Sevilla. De ascendencia noble y abundante fortuna, alcanzaron una sólida notoriedad en la ciudad. En 1622 fundaron el patronato de una capilla en la Catedral, y Guillermo, hijo de Miguel, llegó a caballero veinticuatro e instituyó un mayorazgo.

A mediados del XVIII la familia luchaba por su pasada posición, quizá motivo de que todos mantuvieran el apellido Bécquer. A fines de ese siglo, Juan José Bécquer perteneció a la Real Escuela de las Tres Nobles Artes de Sevilla y a la Real Academia de San Fernando de Madrid, sobresaliendo como grabador. Es el probable maestro de José, hijo de un pariente. José era nieto de Martín Bécquer, veinticuatro de Sevilla que ostentó el mayorazgo. Contrajo matrimonio a los veintidós años con Joaquina Bastida y tuvieron ocho hijos, entre ellos Valeriano y Gustavo Adolfo. José falleció todavía joven en 1841, y poco después su esposa, quedando la familia deshecha y sin ingresos. Joaquín, primo de José, se hizo cargo de la formación artística de los hermanos, hasta que cada uno siguió su camino.

José Domínguez Bécquer (Sevilla, 1805-1841). El inicio de la saga

José Bécquer, el fundador de esta familia de artistas, se inicia en la pintura a la edad de once años en la Real Escuela de las Tres Nobles Artes de Sevilla. En esta academia llegará a ejercer como profesor y teniente de pintura en 1835, cargo que ocupará hasta el final de sus días.

La reconstrucción de su obra resulta compleja, tanto por su escasez y dispersión como por la temprana muerte del artista, lo que influyó en que su figura tuviera una limitada proyección en el tiempo, más allá de ser el padre del poeta Gustavo Adolfo. De la veintena de obras conocidas, se exponen aquí algunas en las que se aprecia una constante común, la impronta popular. Partiendo del natural en figuras y paisajes –urbanos o rurales–, forma composiciones sencillas, como en *La cigarrera y el torero* (1838), y otras más complejas, como en *Baile en una venta* (1840), con una

riqueza de actitudes y gestos resueltos con gracia y naturalidad. Este tipo de pintura tiene en José Bécquer a su principal representante, si bien cuenta con los antecedentes de los grabados de trajes y costumbres populares y de la cerámica de Triana, que ya habían tratado estos asuntos.

La mayor parte de sus pinturas y acuarelas salieron de Sevilla casi desde el mismo momento en que fueron creadas, contribuyendo a la difusión por toda Europa de los tipos y costumbres populares, gracias también a la amplia circulación de las colecciones de litografías, y siendo muy apreciadas por una destacada clientela internacional. Diez de sus cuadros se expusieron en el Museo del Louvre entre 1842 y 1848. Su fallecimiento con apenas 36 años cortó de raíz su ascendente carrera, aunque su primo Joaquín, su heredero artístico, culminó la obra iniciada por José.

Joaquín Domínguez Bécquer (Sevilla, 1816-1879). Retratista de una época.

Fue discípulo y el colaborador más directo de su primo José, que dejó en él un heredero artístico que asumió la pintura costumbrista como fundamento de su estilo. En esta primera etapa predominan en su paleta los tonos pardos y terrosos que confieren a sus pinturas una cierta monotonía cromática que fue corrigiendo gradualmente.

Hacia 1840 era ya un pintor independiente, aunque todavía con un estilo cercano al de José, como se observa en dos escenas presentes en la sala, *Cita de paseo* y *Baile en un interior* (1841). Recibió también otras influencias como la de David Roberts, cuya obra versionó en *Procesión del Corpus por el interior de la Catedral de Sevilla* (1845).

Vinculado a los trabajos de restauración del Alcázar desde 1842, allí tuvo su estudio, frecuentado por aficionados y extranjeros. Trató a influyentes personalidades, como los duques Montpensier, con los que mantendrá un trato cercano el resto de su vida. Será a partir de finales de los años 40 cuando produzca

sus mejores obras, concibiendo una pintura más refinada, de sólido y preciso dibujo fundamentado en un estudio concienzudo del natural tanto de la figura humana como del paisaje. De esta combinación de personajes con el paisaje urbano y monumental, son perfecto ejemplo las tres panorámicas de la ciudad, obras del Museo de San Telmo, que muestran las tradicionales fiestas sevillanas. En 1860 acepta el encargo del Ayuntamiento para el gran cuadro de historia *La paz de Guad-Ras*, que tardó diez años en terminar y que le alejaba de manera radical de la pintura que había venido practicando.

Tras su fallecimiento en 1879 dejó una abundante obra que consiguió que la pintura costumbrista, tenida como género menor, fuera respetada por una selecta clientela y por la élite cultural y artística. No en vano, gozó de una excelente reputación entre sus contemporáneos, recibió honores y distinciones oficiales y la amistad de muchos artistas y escritores de su época.

Joaquín Domínguez Bécquer y los duques de Montpensier

En 1848 los duques, Antonio de Orleans, hijo del destronado rey Luis Felipe de Francia, y María Luisa de Borbón, hermana de la reina Isabel II de España, se trasladaron a Sevilla para distanciarse de la inestabilidad política de la corte de Madrid, estableciendo en el palacio de San Telmo la denominada «corte chica». Abierto a las novedades técnicas y artísticas, el duque se rodeó de pintores locales y extranjeros, renovando el panorama en estos ámbitos.

La primera residencia de los duques fue el Alcázar sevillano, donde se inició la estrecha relación entre el matrimonio y Joaquín Domínguez Bécquer, entonces restaurador del monumento. De ese trato surgirían notables encargos y adquisiciones, como *Una bolera bailando el vito* y *Majos jugando a las cartas en un mesón*, los retratos de los duques o los de los reyes Alfonso X y Pedro I, presentes en esta sala.

A Joaquín se le encomendó la educación artística de los hijos de los duques, impartiendo clases de dibujo en San Telmo. A este periodo, más tardío, pertenecen

las dramáticas escenas que recogió, a modo de documento gráfico, de la prematura muerte de algunos de los infantes, como se aprecia en una de las pinturas aquí expuestas.

El retrato en la obra de Joaquín Domínguez Bécquer

Este género, predominante en la pintura europea del siglo XIX, fue cultivado por el artista de modo recurrente. Las obras presentes en esta sala muestran su interés por él y su evolución a lo largo de su carrera.

Los primeros ejemplos parten de esquemas tomados de un romanticismo temprano, cercanos al pintor Antonio María Esquivel, como el *Retrato infantil femenino* o el de Manuel Moreno López, cuya composición remite a la tradición murillesca.

A partir de 1850 incorpora progresivamente un sutil realismo sin abandonar los esquemas anteriores, como se aprecia en *Retrato de señora (Fernán Caballero)* y el *Retrato de la duquesa de Montpensier*. Ente todos ellos, destaca su *Autorretrato vestido de cazador*, sin duda el mejor de su producción. Asimismo, muestra su capacidad en el de Fernando A. González de Aguilar, más tarde conde del Águila.

Presiden la sala las efigies de los reyes Isabel II y Francisco de Asís, inspirados en los modelos de Federico Madrazo. El de la reina replica un retrato exhibido en la embajada española en Roma, mientras que el del rey, al incluir elementos alusivos a la tradición artística sevillana, parece concebido expresamente para Sevilla.

Valeriano Domínguez Bécquer (Sevilla, 1833- Madrid, 1870). Una apuesta por el realismo.

La personalidad de Valeriano es un caso singular dentro del arte del momento, ya que se mantuvo al margen de la estructura oficial, sin apenas participación en las exposiciones públicas, lo que unido a su temprana muerte y a la escasez documental sobre su obra ha dificultado su estudio. Hasta los temas religiosos y de historia,

géneros que cultivaban los jóvenes para participar en los certámenes, están ausentes de su obra, dedicada fundamentalmente al retrato y a los cuadros de tipos y costumbres.

Ejerció su labor como retratista a lo largo de toda su carrera. Para él posaron tanto burgueses como personas modestas o populares, a quienes retrató con gravedad, como se aprecia en sus retratos infantiles, ya desde el de la niña del Museo Nacional del Prado, que realizó con 18 años. También presentamos dos retratos de familia, tipología infrecuente en el ámbito artístico español; y el que es una de sus mejores obras, el de su hermano Gustavo Adolfo, a quien estuvo muy unido por trabajo y afecto.

Gracias a él, se desplaza en 1862 a Madrid y comienzan a viajar juntos, recorriendo la geografía española con motivo de un encargo del Ministerio de Fomento para hacer «una colección lo más completa posible de cuadros que recuerden en el futuro los actuales trajes característicos, usos y costumbres de nuestras provincias». Estas obras, que suponen lo mejor de su producción, reflejan escenas de trabajo y lúdicas o festivas, así como tipos populares, y muchas están relacionadas con textos de Gustavo Adolfo. En ellas se decanta por el lado amable de la vida rural, pero no por ello dejan de ser ejemplo de sinceridad y veracidad. Esta observación directa del natural y su apuesta por el realismo y la objetividad hacen difícil clasificar su obra en el Romanticismo, convirtiéndolo, más bien, en uno de los primeros pintores en plantear propuestas renovadoras.

En 1865 el Ministerio de Fomento encargó a Valeriano una serie de pinturas, destinada al Museo de la Trinidad, que formasen «una colección lo más completa posible de cuadros que recuerde en el futuro los actuales trajes característicos, usos y costumbres de nuestras provincias».

Realizó trabajos preparatorios, pinturas y textos con las explicaciones de los motivos seleccionados, con total libertad para elegir los temas y tamaños, pero todas tienen en común el detalle en la ejecución y en las descripciones. El primer envío, en 1866, correspondió a las de Aragón; en 1867 entregó las de Soria y en 1868, cuando el proyecto quedó interrumpido, las correspondientes a Ávila.

De Aragón exponemos *El presente*, que alude al pan que se ofrece a la comitiva cuando recorre el pueblo con el santo, y *El chocolate*, donde un grupo se reúne para jugar el chocolate a las cartas. De las dedicadas al Valle de Amblés (Ávila) se exponen: *La fuente de la ermita*, en la que unos romeros beben del manantial milagroso cercano a la ermita de la Virgen de Sonsoles; y *Aldeana del Valle de Amblés*, donde una paisana lleva en ofrenda una cesta de huevos a la Virgen.

Gustavo Adolfo Bécquer (Sevilla, 1836-1870). Poeta y dibujante

Gustavo Adolfo Bécquer fue educado en una familia de pintores, aunque se benefició poco de la enseñanza paterna debido a la temprana muerte de José en 1841. Pero, al igual que su hermano Valeriano, tuvo una estrecha relación con su tío segundo Joaquín, primo y discípulo de su padre. Huérfanos, los dos hermanos continuaron su aprendizaje pictórico con Antonio Cabral Bejarano. Más tarde, conocieron las novedades que ofrecía la fotografía y la revolución de la tecnología industrial aplicada a la creación de imágenes, que les posibilita acceder a mundos imaginados.

Pintura y literatura eran para el poeta inseparables. Muchas claves de la escritura de Gustavo Adolfo surgen de su vinculación con las artes plásticas, donde textos e imágenes se iluminan. La pintura costumbrista de José y Joaquín revela analogías en los temas y en las técnicas de Valeriano. Estas imágenes, a su vez, se integran con naturalidad en los escritos de Gustavo Adolfo hasta el final de su carrera. Como ejemplo sirven las pinturas de celebraciones festivas y tipos populares andaluces que son la savia de algunos textos de Gustavo Adolfo. Destacan particularmente artículos de prensa, ilustrados con tipos populares o festivos por Valeriano, estableciendo fuentes plásticas comunes con sus ilustraciones: la procesión del Corpus en Sevilla, los seises en la Catedral, etc. El poeta invitaba al lector a que, leyendo sus líneas, se formara una idea de conjunto de lo que describía, como si se tratara de un cuadro, y así se figurara las escenas.

Gustavo Adolfo dibujó siempre y sus manuscritos están con frecuencia ilustrados. Sus dibujos eran codiciados y los regalaba generosamente, por lo que su producción se encuentra bastante dispersa. Presentamos aquí los dos álbumes

conservados en la Biblioteca Nacional, que permiten adentrarnos en el mundo del poeta y analizar su producción como dibujante.

Obra en papel

Para los Bécquer el dibujo fue una práctica fundamental. Es la técnica que les permitió plasmar en sus obras ideas e imágenes con inusitado realismo, exponiendo su lado más popular o cómico. Constituía un instrumento de comunicación e información que mostraba su innovadora y, a veces, incisiva expresividad, inédita hasta entonces, alejada del mundo académico.

La pintura de costumbres populares sevillanas se inicia en la década de 1830-1840, teniendo en José Bécquer su principal representante. Sus acuarelas y litografías fueron codiciadas por importantes coleccionistas nacionales y extranjeros, difundiendo por toda Europa los tipos y costumbres populares andaluces entre un público muy interesado por lo español. Gracias a la reciente aparición de la litografía, las estampas basadas en sus aguadas fueron impresas por los principales editores franceses e ingleses, proporcionándole un prestigio internacional de difícil parangón en ningún otro artista de la España romántica.

José Domínguez Bécquer fue autor de numerosas acuarelas que constituyeron un repertorio de tipos individuales, que el autor denominó *figurines*, y que reflejaban la sociedad andaluza de comienzos del XIX. Estos tipos populares los podemos ver en las acuarelas expuestas al inicio de la sala: personajes como toreros y boleras, mujeres vestidas de mantilla para acudir a los oficios religiosos, cigarreras y vendedoras, etc. Algunas figuras aparecen aisladas sobre un fondo blanco, mientras otras son presentadas en un escenario urbano. Para estos dibujos empleó lápiz de grafito y acuarela realzada con pigmentos opacos.

En la pared central de la sala contemplamos obras realizadas mediante estampación litográfica, técnica aún reciente que permitió la difusión internacional de los tipos andaluces que había creado. Se muestra al inicio de este muro una litografía de 1836, uno de los primeros ensayos litográficos en Sevilla. Un ejemplo del éxito de estas estampas lo constituye la serie de Goupil-Vibert, litografiada por Achille Devéria y editada en París sobre los dibujos de Bécquer. En ella, la interpretación

que hace el litógrafo se aparta de los modelos originales, adaptándolos a un gusto más europeo. Junto a esta serie se presentan cuatro pruebas de estado previas a la impresión definitiva.

También impresas en París, pero para un proyecto editorial español, José ilustró con cinco escenas de costumbres uno de los libros más célebres de la época romántica, la *España artística y monumental* de Pérez Villaamil, de las que se exhiben cuatro ejemplares.

En el siguiente panel se encuentra la serie de Bulla-Stampa, litografiada por Adolphe Bayot, que es más fiel a los originales de José Domínguez Bécquer.

Las litografías se imprimían a dos tintas y posteriormente se iluminaban a mano a la acuarela en los mismos talleres litográficos.

La producción dibujística de Joaquín evidencia su excepcional dominio de la técnica, gracias a una sólida formación académica, que manifestó en temáticas populares como el mundo taurino y también en escenas humorísticas. Como testigo excepcional, plasmó con detalle diferentes escenas de la vida de los Montpensier mediante un dibujo descriptivo, empleando diversas técnicas: lápiz, aguada o tinta.

De Joaquín Domínguez Bécquer se presentan, en primer lugar, cuatro dibujos de temática popular. Los de tema taurino eran preparatorios para el cuadro *Plaza de la Real Maestranza de Sevilla*, expuesto en la sala anterior. Sus dibujos estaban tomados del natural de manera precisa, captando con fidelidad lo que tenía ante sí. A continuación, la serie de los funerales de los infantes Montpensier muestra su capacidad de documentar sucesos y personajes que retrata con exactitud.
Una vertiente satírica y burlesca es también característica de una parte de su producción, como vemos en el muro siguiente. Dos de las obras, realizadas a lápiz, son preparatorias para sendas pinturas, mientras las otras cuatro, realizadas con ágiles trazos de tinta, ilustran sucesos jocosos de las cacerías que compartía con el círculo del duque de Montpensier.

Valeriano representó tipos populares con un particular realismo, siendo este el rasgo dominante de su producción, que culminó con la serie de tipos provinciales

españoles. Su colaboración con la prensa propició la realización de agudos dibujos satíricos, influido por la caricatura francesa de la época y los grandes dibujantes como Honoré Daumier.

De él se muestran en esta breve selección dos dibujos juveniles de temática popular, semejantes a la mayor parte de la obra paterna expuesta, mientras que otros tienen un acento más romántico. Finalmente, entre ellos se muestra un dibujo de los que realizó en la época en que viajó con su hermano Gustavo Adolfo por Aragón y Castilla.

Gustavo Adolfo también cultivó el dibujo con una solidez sorprendente. Sus obras muestran una creatividad inusitada e imaginativa, como se podrá observar en la sala dedicada al poeta.